

EL MISIONERO



Allá abajo, en el siniestro país del Extremo Oriente y durante el triste período de la guerra, nuestro buque, un soberbio acorazado, se hallaba fondeado desde hacía varias semanas, en un puerto de bloqueo, en una bahía de la costa.

Apenas si teníamos comunicación alguna con la tierra, puesto que la tirantez de relaciones daba lugar á que los campesinos de aquellos contornos se mostrasen desconfiados ú hostiles: un calor sofocante no cesaba de atormentarnos, y el cielo, de aspecto tristón, y velado por espesos nubarrones grises, nos apenaba aún más.

Una mañana hallándome de guardia, el timonel vino á decirme:

—Capitán, se aproxima un *champau*, que viene de la bahía y parece querer acercarse á bordo.

—¿Quién lo tripula, qué pasaje trae?

Antes de responder, indeciso, volvió á mirar con el antejo.

—Capitán, en la proa viene sentado un chino; parece un bouzo, en fin, no sé lo que es.

Al cabo de un rato, silencioso y deslizándose suavemente por la bahía, vimos al *champau* acercarse. Una joven de tez amarillenta y vestida de negro, remaba, de pie, trayéndonos á aquel visitante exótico, que por su vestido parecía, en efecto, ser un bouzo de Aunam, pero tenía barba, y su figura arrogante denotaba su origen europeo.

Una vez á bordo, se acercó á saludarme en correcto francés, aunque con timidez muy marcada:

—Soy misionero—me dijo—y lorenés de nacimiento; pero habito hace más de treinta años en una aldea situada á seis horas de marcha de aquí, en un terreno en donde hoy, por mi trabajo, todos son ya cristianos... Quisiera hablar al comandante para pedirle auxilio, porque los rebeldes nos han amenazado y se hallan á las puertas de nuestra al-

dea, y estoy seguro de que si no se acude pronto á salvarlos, todos mis hijos de religión serán asesinados.

Desgraciadamente, el comandante se vió obligado á negarle toda clase de socorros, por cuanto todo el armamento y dotación disponibles los teníamos en otra región, y sólo nos quedaba el número preciso de marineros para vigilancia del acorazado; así es que nos fué preciso abandonar á su suerte á aquellos pobres sectarios de la fê, y considerarles como cosa perdida.

El *champau* y la jóven que lo guiaba volvieron á tierra, y el misionero se quedó á bordo de nuestro acorazado algo taciturno pero sumiso y resignado.

Durante el almuerzo, que compartió con nosotros, guardó silencio, sin duda porque el trato continuo de los naturales de aquel país, le había hecho cambiar de carácter, únicamente pareció animarse cuando, después del café, se sirvieron cigarros, y pidió tabaco francés para atiborrar la pipa, placer que, según nos dijo, hacia veinte años no se le había proporcionado.

Poco después, alegando estar rendido por la distancia recorrida, pidió permiso para descansar un rato.

Y pensar que sin duda íbamos á tener entre nosotros á aquel huésped imprevisto, durante varios meses, hasta que nos fuera posible repatriarlo! Así es que sin entusiasmo alguno, uno de nosotros se acercó á decirle:

—Padre, se le ha preparado una litera y excusado es decir que sera nuestro huésped hasta el día en que podamos depositarle en lugar seguro.

El misionero quedó sorprendido, como si no comprendiera bien:

—No, hijo, solo esperaba que pasase la hora del calor para pedir un bote, que me llevase á la bahía: antes de la noche me conduciréis á tierra, ¿no es verdad?

—¿A tierra? ¿Y qué vais á hacer allí?

—Volver á mi aldea—dijo con una sencillez verdaderamente sublime.—¡Ay! ¡yo no puedo dormir aquí, tal vez esta noche sea el ataque!

A cada palabra, aquel sér, que al principio nos pareció tan vulgar, se engrandecía a nuestra vista, y comenzábamos ya á rodearle con entusiasta curiosidad.

—Sin embargo—le dijimos—si eso llega á suceder, usted sera el primero á quien ataquen.

—En efecto, es muy probable que sea así—respondió tranquilo y resignado, como los mártires de nuestra religión.

Según sus palabras, diez de sus hijos le esperarían en la playa á la puesta del sol, y todos reunidos volverían de noche á la aldea amenazada, para esperar con estóico valor la voluntad de Dios.

Como quiera que le instásemos á que se quedara entre nosotros, manifestándole que falto de auxilios, corría á una muerte cierta, se manifestó inmutable en su decisión, terminando por decirnos con voz solemne y conmovida:

—Después de haberlos convertido á la fé divina, ¿queréis que los abandone cuando son perseguidos por su misma fé? ¡No, son mis hijos! ¿comprendéis bien? ¡y con ellos debo morir!...

Profundamente emocionado el oficial de guardia mandó preparar uno de nuestros botes para conducirle á tierra y todos corrimos á estrecharle la mano al marchar. Tranquilo, impassible, mudo, nos entregó una carta para un pariente suyo que residía en Lorena, tomó una pequeña provisión de tabaco francés, y el bote se puso en marcha.

Y mientras se extinguía la luz crepuscular, permanecemos contemplando silenciosos cómo se alejaba sobre las tranquilas aguas de la bahía, la hermosa silueta de aquel apóstol de nuestra sacrosanta religión, que tan denodadamente se encaminaba á un obscuro martirio.

A la semana siguiente nos hicimos á la mar, no sé con qué rumbo; y á partir de aquella fecha, los acontecimientos nos tuvieron haciendo sin cesar peligrosos cruceros.

Jamás volvimos á oír hablar de él, y yo por mi parte creo que su recuerdo no hubiese acudido á mi mente, si monseñor Morel, Director de las Misiones Católicas, no me hubiera pedido con instancia cierto día, que dedicase un recuerdo á la heroica legión de misioneros.

PIERRE LOTI.

